

# REVISITACIÓN EPISTEMICA A LA CONSTITUCIÓN DEL ESTATUTO DISCIPLINAR DEL TRABAJO SOCIAL: MEDIACIONES DE SENTIDO ENTRE EL PENSAMIENTO REFLEXIVO Y LA ACCIÓN CREADORA.\*

EPISTEMIC REVISIT TO THE SOCIAL WORK STATUTES CONSTITUTION: SENSE MEDIATION BETWEEN REFLEXIVE THOUGHT AND CREATIVE ACTION

VÍCTOR R. YÁÑEZ PEREIRA\*\*

## Resumen

El artículo aborda, epistémicamente, la complejidad del *pensum* en Trabajo Social, lo cual constituye el núcleo síntesis que media entre *vita* contemplativa y *vita* activa (Arendt H., 1993). Es una invitación a aproximarnos al espíritu disciplinario que, al decir de Hegel, germina en la conciencia de una *idea* frente a un mundo con el que, desde lo más elemental hasta lo más absoluto, los y las Trabajadores y Trabajadoras Sociales, nos hemos de comprometer históricamente. Ello nos exige asumir la disposición a concebir nuestra cosmología simbólica y material en los contemporáneos escenarios de lo social, así como en el denso espacio de las ciencias sociales, bifurcando un lugar de cruce común entre ellas mismas. En dicha colisión hemos de articular aquellos elementos sustantivos y factuales de las investigaciones/intervenciones, que son las que, en último término, dan cuenta de nuestra existencia como *ser-en-sí* y *ser-para-el-mundo*, es decir, como proyecto histórico-procesual, teórico-metodológico, ético-político y crítico-ideológico. Por lo mismo, reforzamos la premisa de que las cuestiones disciplinares han de ser observadas desde una segunda generación, en la hondura de un juego de imágenes ávidas de voces, cuyas configuraciones dialécticas y dialógicas traspasan las representaciones *eidéticas*, otorgándoles una tangible elocuencia, manifiesta a través de aquellos debates donde somos capaces de hacer circular palabras que nombran nuestra realidad en la realidad social, desocultando gramaticalidades y semánticas que, a cada momento, reclaman elucidar el estatuto disciplinar del Trabajo Social. Ello se convierte en un desafío y una apuesta para el Trabajo Social, en un plano no solo teórico y metodológico, sino también ético y político; la

\* El presente artículo corresponde a una reflexión académica.

\*\*Asistente Social, Licenciado en Servicio Social en la Universidad de Concepción. Diplomado en Mediación y Diplomado en Intervención Familiar en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Magister en Trabajo Social y Políticas Sociales en la Universidad de Concepción - Chile. Doctorando en Ciencias de la Educación en la Universidad de Sevilla - España. Profesor Asociado y Director de la Carrera de Trabajo Social en la Universidad Autónoma de Chile, Sede Talca, así como Director del Programa de Magister en Trabajo Social con mención en Intervención Social y Director del Centro de Estudios y Gestión Social del Maule, en la misma Casa de Estudios Superiores. Email: vyanezp@uautonoma.cl.

interrelación entre las categorías ciudadanía intercultural e intervención en lo social, posibilita configurar intervenciones fundamentadas, transformadoras y reconocedoras de la diversidad y las diferencias; pero para ello es necesario reflexionar, tomar postura y asumir rigurosidad, acerca de perspectivas y enfoques que han permeado esta discusión en las últimas décadas, en un universo complejo, polisémico y multidimensional como lo ha sido el abordaje a las categorías: ciudadanía, interculturalidad e intervención.

**Palabras clave:** Pensamiento, Conocimiento, Identidad Disciplinar, Imágenes Dialécticas, Discursos y Observación de segunda generación.

### Abstract

The article approaches, epistemologically, the complexity of the *curriculum* in Social Work, which constitutes the core synthesis that mediates between *vita contemplativa* and *vita activa* (Arendt H., 1993). It is an invitation to come closer to the disciplinary spirit that, according to Hegel, germinates in the conscience of an *idea* before a world in which, from the most basic thing to the most absolute thing, Social Workers have committed historically. It demands from us to assume the disposition to conceive our symbolic and material cosmology in the contemporary social scenarios, as well as in the dense space of the social sciences, bifurcating a common crossing place between them. In the above mentioned collision we have to articulate those substantive and factual elements of our investigations/interventions, which are the ones that, ultimately, account for our existence as *being-in-itself* and *being-for-the-world*, that is to say, as a historical-procedural, theoretical-methodological, ethical-political and Critical-ideological project. For the same reason, we reinforce the premise that disciplinary matters must be observed from a second generation, in the depth of a game of images keen of voices, whose dialectical and dialogical configurations penetrate the eidetic representations, granting them a tangible eloquence, demonstrated through those debates in which we are capable of making circulate words that name our reality in the social reality, revealing grammar and semantics traits that, every moment, claim to elucidate the disciplinary statute of Social Work.

**Key words:** Thought, Knowledge, Disciplinarian Identity, Dialectical Images, Speeches and Second Generation Observation.

## PRESENTACIÓN

Revisar los asuntos del origen y la originalidad de nuestro pensamiento y conocimiento disciplinar, no es tarea fácil, ni mucho menos epocal, es una responsabilidad constante, incrustada en los principios políticos de la promesa y el compromiso para con la compleja relación del Trabajo Social y el mundo social. Este desafío se asienta en el fundamento reflexivo y contemplativo de la conciencia sobre el *Dasein*, el *ser-ahí* de nuestra congregación como disciplina profesional, que sólo llega a ser en sí misma cuando logra revelar su *ex – sistencia en – el - mundo*, en cuanto ello le otorga la máxima garantía de trascendencia a su singularidad en la pluralidad.

Entonces, al reflexionar sobre el *pensum* del Trabajo Social, lo que hacemos es revisitar, onto-epistemológicamente, aquella referencial organización de nuestras formas, modalidades, modelos y métodos para construir y configurar lógicas, racionalidades y lenguajes, las cuales mediante el uso y función de la razón nos posibilitan producir, reproducir y transformar el conocimiento disciplinar a disposición. Por consiguiente, el *pensum* pone en mediación a la razón con la intelección, pues conlleva a hacer razonables y actuosas diversas perspectivas, tendencias y/o cosmovisiones, es decir, otorga aplicabilidad a nuestro corpus conceptual para aludir a la realidad, para orientarnos y desarrollar un saber y un hacer situado, así como para expandir un *logos* que, también, está vivo.

Tengamos presente, que tras el acto de pensar, los Trabajadores y las Trabajadoras Sociales, generamos un modo particular de relación de historicidad, tanto con realidades concretas como con totalidades históricas. Así pues, cada uno de nosotros se abre al mundo, al momento en que nos ponemos de frente a una realidad, que pese a existir de ante mano, o de suponerse dada por sentado, se encuentra allí para que la develemos, descubramos y revisemos. De ahí que no sea admisible creer que los márgenes propios de la condición humana, sus demarcaciones políticas, sociales, económicas, culturales, organizacionales, etc., se traducen en puras ataduras o, cuando menos, en obstaculizadores a nuestros procesos de investigación/intervención.

Hemos dicho en otro texto que la realidad se construye a través de imágenes, bien sean presenciadas icónicamente o bien proyectadas por vía del habla. Así se va formando una trama que urde gráficas con palabras en una densa y expansiva matriz de relaciones fenoménico-hermenéuticas que, a nivel de la conciencia y del lenguaje crítico, arman un tejido gramatical y semántico capaz de concatenar un encadenamiento de vivencias, a través de las cuales se hacen traslucir y se transparentan nuestras más diversas experiencias, transitando desde “[...] *la participación sensible y estética en el mundo en el aquí y el ahora, hasta el saber absoluto*” (Hegel H.W., 2004: 10).

En consecuencia, la tarea de pensar el estatuto disciplinar del Trabajo Social nos remite a poner en tensión la colonización de concepciones unilaterales cimentadas en una distorsionada noción de lo práctico, la cual por analogía mimetizamos con una pragmática duramente empirista, que reduce la facticidad de nuestro ser a la *acción como actualidad*, esto es, como el *ahora-para-sí*, y no como *instante del presente*. Ello nos aferra a fragmentaciones binarias que separan nuestro *telos* de la *entelequia*, como dos polos opuestos, a saber: el primero, se cristaliza en propósitos meramente operativos, mientras que, la segunda, en dilemas y debates en torno al universo de las ideas. Los mismo, nos ha llevado a concebir cada una de dichas entidades en su propio y particular lugar y momento; pero, siempre distanciadas entre sí, o, por lo bajo, en una mutua oposición, mas no en dialéctica contradicción o dialógica mediación.

Ahora bien, si reconocemos que el instante del presente significa un arrojarse “[por el que] *el Dasein sale de sí a lo que en la situación comparece en forma de posibilidades y circunstancias de las que es posible ocuparse*” (Heidegger M., 1998: 355), nos vemos obligados a recordar que el Trabajo Social acontece en el tiempo, como historia siempre actuante en su *con-vivir* con la otredad, vista tanto en la conflictiva dinámica de los fenómenos con los que se enfrenta, como en los sucesos que eventualmente emergen, fracturando el curso habitado de sus acciones. Ello, insta a rescatar el imperativo de despertar a la comprensión, vista como espacio de articulación en las dimensiones reflexiva, crítica y deliberativa del pensamiento y la acción de los y las Trabajadores y Trabajadoras Sociales, encaminándonos hacia la emancipación disciplinar expresada en la vivificación de un principio de *autonomía con autenticidad creadora* (Yáñez V., 2007: 245 – 324).

### **La pregunta por el Ser disciplinar del Trabajo Social: *emplazamientos del pensamiento que cuestiona la verdad del propio conocimiento***

Sin duda, las reflexiones que yacen en los troncos basales de la ciencia moderna, encuentran su génesis en una vuelta a la ontogenia, a las distinciones de esos turbulentos contrastes dados en el paso de una época que ofrece un lugar a la *doxa*, para luego forjarse como un mundo nuevo arrojado al *episteme* (Heller A., 1998: 344). Este acontecer se concibe definido por la crisis de la metafísica, la cual nos exigió repensar la relación entre la vida, el mundo, la sociedad y la persona, en la perspectiva de la unión de la desunión entre el *eros* propio del conocimiento intuitivo – sensible, mayormente reflejado en la mistificación de lo absoluto, y, el *tánatos* aferrado al conocimiento científico - analítico<sup>1</sup>, que engendró la impositiva ley de una racionalidad positivista, ilustrada y tecnificada.

<sup>1</sup> En este sentido, los procesos de investigación/intervención se confunden con el quehacer práctico basado en la evidencia que es, esencialmente, heterónoma, pues se define por condiciones externas y sincréticas, que uncausalmente fusiona, ordena y homologa elementos distintos, ignorando su falta de congruencia, antagonismos y complementariedades, pues su definición está dada en la consecución de metas.

Tal situación no constituyó otra cosa que el reflejo de la ebullición en los fundamentos que sacralizaban la idea de verdad, radicada en la clásica batista europea hasta el siglo XVII, que precisa el punto de entrada a lo que, nosotros entendemos, es la decadencia de un determinado referente universal que, en concomitancia, acarrea la des-regulación de lo dado como totalizador, en tanto refleja un trazo y contexto histórico, claramente, marcado por y para occidente. Fenómeno y proceso desde el cual los caminos de la modernidad comportan una vía hacia la verdad, que pone en duda el saber histórico heredado, reconociendo su develación como una oportunidad puesta en escena por la fuerza del espíritu pensante, entregado a la cordura y el resplandor de nuevas lógicas de discernimiento ante la “[...] *crisis del conocimiento*” (Vial J., 2006: 37).

Allí se ha instalado el punto de partida cartesiano, que emana desde el *res cogitans* tras la *duda metódica*, demarcando el encuentro con la verdad y su definición, sobre la base de principios de racionalidad, libertad e individualidad, en tanto condición esencial para el ejercicio autónomo de un pensamiento que, en todo momento, pone al cuestionamiento como medio de entrada para descubrir y conocer. Acá radica “*el sentido metódico de la duda* [que, en el discurso de Descartes,] *sólo puede ser captado en el contexto cerrado de las Meditaciones*” (Vial J., 2006: 35), bifurcando otro trayecto civilizador, cuya ruta es la de un pensamiento que se encuentra en sus propias leyes, dando debida cuenta de la experiencia de una razón iluminista, que vino a lacerar el conocimiento en saberes destinados a la búsqueda de la verdad científica, estética y ética<sup>2</sup>.

Por consiguiente, cuando en Trabajo Social accedemos a ese tipo de racionalidad, nuestras lógicas se traducen tanto instrumentales como estratégicas, es decir, destinadas a la eficaz, efectiva y eficiente articulación de medios a fines, haciendo proliferar un pensamiento único y unilateral, que rechaza la compleja integralidad de la realidad y su fundamento, convirtiendo al conocimiento y sus usos en una instrumentación del cálculo empírico y utilitario<sup>3</sup>. Eso es lo que Marcuse (1993) reconoció como la ideologización de la dimensión técnica del conocimiento, en cuanto posición reduccionista y determinista en torno al despertar y puesta en curso del saber, cuyo objetivo es convertirle en un hacer destinado a operaciones específicas, en atención a las condiciones objetivas del contexto externo, en tanto principio que definió nuestra tradición del trabajo con orientación tecnológica (Yáñez, V. 2007. 79-128).

<sup>2</sup> La intervención se torna tecnocrática, ya que pasa a constituirse en una entidad regulativa y funcional, que determina la acción social por medio de cálculos interesados en maximizar la utilidad y el éxito en el logro de objetivos técnicos pre-establecidos, de acuerdo a una serie de metodologías y mecanismos regidos por reglas estratégicas, administrativas y burocráticas.

<sup>3</sup> Tengamos presente que el mundo de la vida se ancla en reglas autodefinidas por la relación de los agentes con lo cotidiano, las cuales poseen un valor de norma para la acción social, traducido en sus propios juegos de lenguaje y manifiesto a través de enunciados comunicables y compartidos con una diversidad de congéneres, puesto que dicho proceso de construcción de la realidad, siempre, se encontrará orientado hacia el entendimiento (*verständigung*) y la comprensión (*verstegen*), incidiendo en las esferas subjetivables, intersubjetivas y objetivables de dicha realidad, por la racionalidad immanente del lenguaje en la conciencia colectiva, tagibilizada en actos de habla que posibilitan situarnos en la zona de la acción y no sólo de la mera descripción de estados de cosas, tras enunciados *locucionarios*, *ilocucionarios* y *perlocucionarios*.

En esa lógica la intervención del o la Trabajador o Trabajadora Social se restringe al saber estructural, la metodología funcional y la experiencia inmediatista, que se traduce en una suerte de *expertis y/o modus operandi*, mediante el cual, programáticamente, se organiza e implementa una serie de estrategias de apoyo instrumental y/o psicosocial<sup>4</sup>. En dicha trayectoria los agentes sociales de investigación/intervención son minimizados y naturalizados como aquellos que no pueden superar por sí solos ciertas penurias, lo que debe asumirse, en el mejor de los casos, como intervencionismo sistémico, es decir, como una colonización de su mundo de la vida (*Lebenswelt*)<sup>5</sup>.

En contraste con lo precedente, junto a Heidegger (2003), consideramos que la fuerza creadora del espíritu pensante ha de presumirse inagotable, ya que los límites están dados, únicamente, en nuestra capacidad de producir un conocimiento perfectible, pero siempre abierto a la conciencia que imagina, en relación al permanente y profundo cuestionamiento emanado en una constante e inagotable búsqueda de sentido, reflejada en nuestra pregunta sobre la verdad del *ser* disciplinar. De ahí que veamos al Trabajo Social como un ser de la modernidad, cuyo paraje se configura en la permutación de la metafísica y su legado, pues en ese ahora se pone énfasis en la acción de dudar o de doble negar la noción de *ser* y *verdad*, exigiendo un replanteamiento de la racionalidad instrumental, en el destino de la filosofía occidental de finales del siglo XIX y principios del XX, que, incluso, ha ejercido una profunda influencia en posicionamientos tan relevantes como el análisis del lenguaje, fuente esencial de construcción de saberes contemporáneos<sup>6</sup>.

Destacamos acá que el saber gestado en la modernidad se encuentra definido desde dos vertientes primordiales, cuales son: por una parte, la que dice relación con el *olvido del ser* y, por otro lado, la que tiene que ver con ese interjuego entre *ser* y *tiempo* (Heidegger M., 1998), o sea, con la posibilidad de retomar las riquezas en la noción de origen, tradición e historia. Nos referimos a una dialéctica temporal, en cuanto a *¿qué es lo tradicional?* y *¿qué es lo moderno?*, como interrogantes meta-paradójicas que llevan a la revelación del hecho de que todo tiempo presente comporta, ineludiblemente, el resabio de lo precedente, así podemos explicarnos, por ejemplo, la vinculación que existe entre *historia vivida* e *Historia transferida* (Yáñez, V., 2009: 24 -25)

En esta perspectiva, el reencuentro con el historicismo del Trabajo Social en la Historia, únicamente, hallará su camino en aquel preguntarnos por su ser disciplinar, cuya revelación se asienta en el *ethos* que resguarda el contenido de verdad de su existencia como proyecto arrojado

<sup>4</sup> Recordemos que la filosofía de Occidente fue el camino elegido por Heidegger para gestar la idea de que todo planteamiento metafísico es posible de confrontación con la adveración del *ser* de la modernidad.

<sup>5</sup> Creemos nosotros que esa es la vía hacia el hallazgo fluctuante y creciente del espíritu de nuestro pensamiento.

<sup>6</sup> Dejemos en claro que las consecuencias de este fenómeno, junto a la invisibilización disciplinar, está dado en lo que el primer Gastón Bachelard, incisivamente, reconoció como *obstáculos epistemológicos* (Bachelard G., 2003: 15-26).

al mundo de lo Social<sup>7</sup>. Esas son quiebras que se van sucediendo cuando nos apostamos a pensar sobre todo cuanto nos da que pensar, partiendo por el sentido propio del Trabajo Social, lo que impide que nos pongamos en franca retirada respecto de nuestra capacidad de *preguntarnos por el ser* (Heidegger M., 1998: 25), librándonos de la ambivalencia que en la nada consume el comienzo en el final, para, inversamente, asumir la presencia histórica y contextualizada de nuestra existencia y de su realidad en el mundo social, según lo propusiera Gadamer basado en el argumento hedeggeriano (Gadamer, H., 2002: 322).

De ahí que vengamos reconociendo la necesidad de una revisitación epistemológica al Trabajo Social, mediante la cual partamos por efectuar la distinción entre el pensar y conocer de la disciplina, alcanzando una más honda comprensión sobre nuestro *pensum*, desarrollado en referencia a lo existencial de *ser-en-sí* y del *ser-para-el-mundo* (Heidegger, M2003: 30). A partir de ello, superaremos la imposición temporal, donde prevalece el mito fundacional de lo asistencial – caritativo y la ficcionalización de nuestra institucionalización como tecnológica social, desatando fuertes lógicas cartesianas-newtonianas restrictivas, finalistas y lacerantes, que han traído como consecuencia un *no-saber-sobre-el-sí-mismo*, que nosotros entendemos como la enajenación de la identidad, especie de auto-exilio desde el cual hemos posicionado lo que pensamos y conocemos en torno al *lugar propio* (Yáñez V., 2007: 79 - 123).

Aludimos a una suerte de pérdida de los fundamentos, que son primero y ante todo existenciales, en tanto extravió de la razón de ser que nos funda, conduciéndonos hacia la vagancia entre *el lugar* y *el no lugar* disciplinar, dejando de lado el real sentido de nuestra trascendencia en las zonas de la intervención en lo social y en los sitios de las ciencias sociales. Esto reclama de profundas interpelaciones engendradas en nuestra capacidad de pensar el conocimiento de “*algo*” nuevo desde, por y para el Trabajo Social, asimilando el principio de identidad y diferencia que define la reinención de nuestra memoria e identización histórica, enfrentando rizomas que nos desentrapen de aquellas representaciones encapsuladas en nichos de conocimiento, formadores de lo que concebimos como una espesa ceguera cognitiva y miopía epistémica<sup>8</sup>.

Hablamos de una suerte de bóvedas cognoscentes que degradan el saber y el hacer al capturarlos dentro de una ignorancia que, inconscientemente, va formando un pensamiento unidimensional y encerrado en sí mismo, como olvidando que todo saber y hacer gravita en la capacidad de manifestación de lo que se piensa, traducido en conocimiento y expresado por vía de un lenguaje tanto conceptual como gramatical y semántico, posibilitando “*restituir la gran planicie uniforme de las palabras y de las cosas*” (Foucault M., 1995: 48). Es aquí donde

<sup>7</sup> Vemos en la identidad aquel conjunto de cualidades, atributos y características que en su mutua integración, conexión e interdependencia permiten la configuración de la esencia más original y originaria del ser, en este caso del *Dasein* del Trabajo Social, otorgándole su singularidad, particularidad y condición de distinción por diferencia con la alteridad.

<sup>8</sup> Para nosotros, eso reivindica la idea de controversia, conflicto y confrontación como el motor del cambio histórico.

reconocemos la oportunidad de transitar a otras racionalidades que comporten nuevas lógicas disciplinarias, permitiéndonos romper tales nichos del conocimiento, al complejizar crítico-hermenéuticamente la condición consciente y creadora de nuestras observaciones y conceptualizaciones, plausibles en discursos ventilados por medio de argumentaciones y textos, de actos de habla y narrativas, orientadas a exaltar debates teóricos y de actualidad pública, capaces de nutrir los fundamentos de nuestros diversos dilemas epistémicos, asentados en una acción deliberativa.

Dejemos a la luz que, en cuanto agentes pensantes, los Trabajadores y las Trabajadoras Sociales no podemos conocer las cosas de lo social tal como son, porque aprehendemos, únicamente, lo que sometemos a criterios de distinción o criticidad del entendimiento y a categorías de comprensión o signos lingüísticos (*semas*), circunscritos a nuestras propias ideas de tiempo y espacio, influidos por esquemas empíricos con los que se contrasta la actividad del pensamiento. Por consiguiente, ahí vemos radicada la imperiosa obligación de tomar el reto, siempre reminiscente, de poner en un ascendente dinamismo nuestros *campos de sentido disciplinar* (Yáñez V., 2007: 43 – 56), para, a la vez, responder a los desafíos culturales, políticos, sociales, económicos, ambientales, etc. a los cuales, constantemente, debemos enfrentarnos en los procesos de investigación/ intervención.

Atendemos a un encuentro entre razón teórica y razón práctica, que de forma discontinua otorgue contenido a la razón simbólica de un discurso revolucionario, mediante el cual los Trabajadores y las Trabajadoras Sociales re-construyamos el lugar de la memoria que nos funda, así como re-formulemos una proyectiva en torno a los fundamentos de nuestro ser, pensar y hacer, en un escenario donde el final preste sentido al comienzo, y no se determine como su solidificación. Recordemos que la revolución nos permite ir más allá de lo impuesto, esto es, enfrentarnos a la libertad de la lexis y la praxis contenida en nuestros procesos de investigación/intervención, que vienen unidos a otros comienzos, esto es, al renacimiento de nuestro *pensum* y de su fundamento, abierto al futuro desde una mudanza disciplinaria que nos conduce hacia una profunda re-significación y re-operacionalización en nuestra dimensión histórico – procesual, teórico – metodológica, ético – política y crítico-ideológica.

### **Identidad disciplinaria como dialógica de imágenes dialécticas: el lugar de la memoria en la configuración de la cosmología de Trabajo Social”.**

La identidad germina en la redención de una vida del espíritu libre de transitar entre el claro-oscuro de su *verdad existencial*, de ahí que Parménides vea en ella una típica emocionalidad que se apega a aquello que nos ofrece resguardo y seguridad, ante la inestabilidad angustiada que deriva del permanente devenir en que nos vemos envueltos y que nos amarra a la incertidumbre de aquello que está más allá del aquí y del ahora, pues es *por-venir*. En nuestra identidad se encuentra aquel espacio de visibilidad gestado en la garantía que ostenta el Trabajo



Social para ser la profesión y disciplina que es, en su distinción por diferencia con aquello que aparece como la otredad, en un sentido de referencia de la mismidad a la alteridad y viceversa, dentro de un denso entramado de relaciones provocadas como acontecer histórico, en diversos escenarios socio-políticos, éticos y culturales, que van marcando los itinerarios en la oportunidad de reinención disciplinar<sup>9</sup>.

Entonces, la propia identidad del Trabajo Social se encuentra, primero, en todo lo que acontece como su *ser – temporeo* (Heidegger M., 1998: 393), en la medida en que no es perpetua ni inalterable, sino que supone una búsqueda permanente de sentido, de contenido y de morada, tras el encuentro y la separación dialogante con la totalidad de la que forma parte. De esta manera, es su puesta en escena pública, en colegiatura y orientación hacia el mundo social, donde se da debida cuenta del origen y la originalidad con que buscamos la permanente configuración de nuestra *cosmología*, esto es, de aquel universo material y simbólico practicado al modo de un lugar propio, el cual se erige en el intercambio de elocuciones y acciones, haciendo proliferar el lenguaje signifiante y el discurso sustantivo en el espacio de las ciencias sociales, mientras que el pensamiento crítico-reflexivo y la acción creadora en las áreas tangibles de la intervención en lo social (Yáñez V., 2007: 25 – 32).

La formación de identidad no implica pura presencia o procedencia en el mundo; es, más bien, un encontrarse permanentemente con él, es decir, pertenecer, representarse y revelarse en y a él, envolviendo una apuesta que posibilita al Trabajo Social, según Adorno (2009) o Arendt (2001) -cada cual a su manera-, optar por salir de lo *oscuro*. No olvidemos que la construcción identitaria es la respuesta a la histórica producción del saber sobre nuestra realidad, lo cual exige hallar una modalidad narrativa a través de la que se aprehendan las honduras y los umbrales de las subjetividades emergentes, en tanto conocimientos y experiencias que nos permiten expresar, en instantes de fuga, pensamientos, sensaciones y sentimientos; pero, por fuera de aquella racionalidad instrumental, que niega, casi totalmente, la esfera de los sujetos, impidiéndonos reflexionar y recordar las cuestiones del mundo, así como los asuntos que imbricados en él (Horkeimer M., 2002: 77).

Lo anterior, nos encamina hacia el espacio de aquellas racionalidades complejas que, en nuestro caso, reflejan conexiones dialécticas y dialógicas puestas en acción concertada, a través de procesos de investigación/intervención donde lo que prima es la mediación entre los opuestos, buscando sus concurrencias y complementariedades y no sólo antagonismos. Esa es la apuesta por expandir lógicas que, nosotros, concebimos como hermenéutico – críticas, pues inspiran una autorregulación en la producción del conocimiento y la aperturidad del saber, a través de

<sup>9</sup> Ello refleja una orientación al déficit, en un binomio costo -beneficio, destinado, primordialmente, a contrarrestar insuficiencias o reformar “anomalías sociales”, donde el profesional actúa, a través de la influencia, interfiriendo, guiando, delimitando o suspendiendo la acción del otro, de modo de condicionar lo que, unilinealmente, se concibe como bloqueos al normativo funcionamiento social de estos últimos.

la consciente expresión -transponible, articular y difundible-, de la experiencia, el lenguaje y el pensamiento, esto es, de un juego de comprensión desarrollado en el encuentro de enunciados y proposiciones, asociadas, por una parte, a la porcesualidad de la realidad fenoménica y, por otra, a la criticidad profesional que pone en doble negación aquello establecido como supuesto.

Se persigue correr el límite de la racionalidad del Trabajo Social contemporáneo, mediante la asunción del juicio razonado y razonable que otorgue sentido al debate crítico, deliberativo e intersubjetivo, donde nos constituyamos en interlocutores válidos, en agentes dialogantes, cuestionadores y actuosos ante lo eventual de las formas de conocimiento y lo emancipador de los actos del pensamiento, tanto sobre la propia identidad, como sobre las irritaciones que lo social ejerce respecto de ella, en tanto cuestión dialéctica. Nuestros procesos de investigación/intervención vendrían a poner en correlato los momentos de la transformación de estructuras objetivas con la acción subjetiva de los agentes sociales, tras la búsqueda de elucidación sobre los principios constituyentes de los derechos propios a su condición humana, como expresión de las experiencias que enfrentan al vivir la diversidad y pluralidad del *modus vivendi*, mediante el cual se refleja el lazo entre la esfera de lo público y de lo privado.

Esta racionalidad nos invita a comprender que las realidades se edifican y comprometen históricamente, enlazando un *corpus* de imágenes dialécticas, que dinamizan la concreta narración sobre un período pretérito palpable y aquello que, situado en la curva temporal del presente, puede ser asimilado o leído significativamente en ella; pero, sin imposiciones ni cierres de parte de los Trabajadores y las Trabajadoras Sociales. Por lo mismo, creemos que las imágenes sobre nuestra identidad disciplinar se hacen dialécticas en la medida que su sentido les pone frente a frente a ellas y quien las observa, logrando la colisión del pasado que las constituye y de la traducción que hacemos de su texto en el presente, pues se asume “*una noción de traducir que se vincula con la felicidad que procura la posibilidad de comunicación con [lo] otro*” (Ricoeur P., 2009: 10), en una cadena de interpretaciones que explican y explicaciones que interpretan la realidad del Trabajo Social en la realidad de lo social, formando un espeso campo de lucha y conjunción entre la supra-realidad de lo real y la sub-realidad de lo imaginario.

Es así como pasamos desde lo difuso a lo diáfano, configurando en el presente un modo de ver y un perspectivismo que nunca existió como tal, pues constituye una forma de proyectar la mirada hacia un punto del pasado y vincularlo con el momento actual, en que nos ubicamos desde el pensamiento y la acción, a fin de iluminar y hacer que fluya la relación entre lenguajes y materialidades, para lograr que los fenómenos nos hablen en un *tiempo – ahora (Jetztzeit)*, en una “*contemporaneidad que se proyecta históricamente, a partir de la apropiación crítica de su proveniencia esencial*” (Benjamín W., 2002: 10). Allí se libera la heterodoxia contenida en toda imagen dialéctica, es decir, la disidencia que hace oír la revolución manifiesta como poder emergente y organizado, en cuanto posibilidad de revisión hermenéutico - crítica a la razón puramente analítica y positivista, que sólo mecaniza normativamente las cuestiones del mundo

social y desconoce sus contradicciones lo cual, como enfatizan Marx y Engels (2005), conlleva mantener una posición metafísica, que impide comprender que todo cambio y transformación está lleno de refutaciones, tanto objetivadas como subjetivadas<sup>10</sup>.

Entonces bien, *“la evidencia histórica se encuentra en estas imágenes que condensan, como la iluminación poética, elementos muy lejanos, cuyo vínculo era secreto pero no inmotivado [es] una aproximación entre dos registros que, cada uno en sí mismo ha perdido su verdad, pero cuya contraposición instituye un sentido”* (Sarlo B., 2007: 27), ya que capturan un interior utópico, mediante el cual podemos hallar lo oculto, lo soterrado, lo perdido en la continuidad uniforme del relato formal, instaurado por la hegemonía de un oficialismo institucionalizado e instituido, en nuestro caso, por el Estado burgués de principios del siglo XIX donde se incrusta la profesionalización del Trabajo Social. Ello potencia las marcas dejadas por los silenciados, por el legado y los testimonios de aquellos, muchos Trabajadores y Trabajadoras Sociales, que quedaron atrás, como fuente de inspiración para el levantamiento del presente contra un pasado injusto, y para lo cual tenemos que aprender a mirar, a observar, sin creer que la historia es simplemente lo que está ahí arrojado ante nuestros ojos, convirtiendo las lógicas duales en ruinas, para demostrar la explícita voluntad de transformación y cambio en y del Trabajo Social para con lo social.

Dicha oportunidad nos exige enfrentarnos, ineludible y radicalmente, a un proceso de reconstrucción histórica, a una suerte de recreación tanto material como simbólica de lo inactual arrojado a la viva actualidad, pero siempre imaginando el futuro y haciendo de la memoria un contundente espacio *i-regular* de significaciones onto-epistémicas, teórico – metodológicas, ético – políticas y crítico - ideológicas. Ello nos conduce hacia una historia a contrapelo, reveladora de cómo el Trabajo Social surge de ese sueño incumplido de la modernidad, que nos impide pensar nuestra disciplina como anti-moderna, porque al igual que las Ciencias Sociales emerge en ese episodio infinito donde los principios de libertad, fraternidad e igualdad se tornan referentes inconclusos; mas, no para ser realizados totalizantemente, sino, justamente, para alumbrar la propia posibilidad de emanciparnos, esto es, de usar la razón para alcanzar una toma de conciencia capaz de mostrarnos los límites y alcances de nuestro poder, de esa capacidad de concertar la acción para trascender lo dado.

Se torna perentorio superar la secuencia temporal que ha venido sosteniendo la trama histórica en la memoria de nuestra congregación disciplinar, de modo de lograr desviarla de esos hitos particulares y cronológicamente relatados en la forma de aquello que, en Arendt desde San Agustín, se traduce en ciclos viciosos y tardíos (Barcena F., 2006: 183). Consideramos, así, que no es Trabajo Social sino las actuales tesis sobre nuestra historia las anti-modernas, toda

<sup>10</sup> Digamos acá que la meta-investigación atiende a los elementos, posibilidades y tendencias de la investigación, mas no a la cantidad de investigaciones que se han realizado a nivel disciplinar, pues ante todo procura develar el historicismo y comprender los significados contenidos en ellas, esto es, en sus tesis, conclusiones y proyecciones, para encontrar el camino cursado nuestros esfuerzos y trabajos de investigación.

vez que se convierten en un corpus naturalizado de saber desde el cual se señala lo que fuimos, como únicas vías, caminos o cursos de entendimiento al ser disciplinar, generando una suerte de absolutismo histórico, manifiesto en la forma de una secuencia mítica, que nos impide ver el pasado de otra manera, por lo mismo, como ejemplo, se ha concebido que la profesión en los comienzos del siglo XX ostentaba una impronta fatalmente conservadora.

Destaquemos que la manera como la historia del Trabajo Social se convierte en *objeto* de su propio saber, sólo puede ser inferida a partir de su desenvolvimiento en la temporalidad, así como en la revelación de aquellas relaciones ascendentes de la comprensión sobre el devenir de todo cuanto pueda ser construido, puesto que nuestra existencia disciplinar se instaura en un orden diferente al del tiempo histórico. La historia vivida por los y las Trabajadores y Trabajadoras Sociales se lanza a la aventura del tiempo cósmico (omniabarcante, extensivo, abierto), fenomenológico (subjetivo, existencial, original) y cronológico (nomotético, numerario, mecanizado) (Ricoeur P., 2008 b: 198 - 208), en razón de una *fusión de horizontes* que se produce *en y desde* la incesante posición dialéctica y mediación dialógica entre pensamiento reflexivo, lenguaje crítico y acción creadora, mediante los cuales *comprendemos, inventamos y redefinimos cada una de nuestras tradiciones* (Gadamer H. G., 2002: 360), así como accedemos al significado de su realidad y de la realidad por integración de múltiples modos de verla e imaginarla, desocultando nuevas posibilidades para el resurgimiento de una excepcional identidad en la diferencia, concebida como un fundamento de verdad que es propio al ser.

Allí se vivifican los *lugares de la memoria* (Yáñez V., 2009: 47 – 56), donde se pronuncia una pluralidad de voces, como intersección que nace en la irrepitibilidad de episodios singulares, bifurcando nuestro estatuto profesional y disciplinario como problema ontológico que, ya en Husserl, da cabida a la constitución de lo real por la conciencia, al hacer traslucir la existencia del ser mediante su significación en el pensar y el conocer (Husserl E., 1992). Reconocemos en la memoria del Trabajo Social la zona de la conciencia que, por vía del recuerdo y la rememoración, ofrece perdurabilidad al universo cosmológico propio, puesto que *“deja a la luz todo aquello que la tradición y la autoridad de los ascendientes reclaman de cada generación, como también lo que el pasado ha legado para su uso en el presente”* (Yáñez V., 2009: 38).

Ahora bien, poner en movimiento nuestra memoria no implica comportarnos como espectadores inertes a la aparición de imágenes que, por sí solas, van elevándose hacia la superficie de nuestra observación, sino que, al contrario, nos insta a lanzarnos hacia un campo de sentido tan particular y tan complejamente configurado, que ha de apostar por un extraordinario cruce entre el despertar del origen, la reactualización de la tradición y el renacer de la originalidad creadora. Resaltamos la necesidad de desplegar nos hacia la reinención identitaria, que es aquello que está en continua realización, ya que la historia de las tradiciones se gesta como una donación de conocimiento, como *reservorios de sentido* (Gadamer, H.G., 1992: 554), a los cuales debemos interpelar por vía de un significativo lenguaje, capaz de desentrañar desde las imágenes, presentes en Trabajo Social, aquel lazo que urde identidad, historia y memoria, como

un relámpago que constantemente circula de atrás hacia adelante y de adelante hacia atrás, poniendo en quiebre la estática de nuestros entronizados convencionalismos profesionales y disciplinarios.

En definitiva, no sólo debemos ampararnos en una imagen remitida sobre el pasado, nuestra obligación y responsabilidad radica en la posibilidad de fundar la historia, contribuyendo a hacer de los congéneres activos protagonistas de su acaecimiento, mediante una tensión que no separe la relación pretérito y presente, fragmento y todo, teoría y práctica, propuestas y negatividad, sino que, al contrario, mantenga estadios de ruptura y continuidad desde el *novismo* que fluye a lo largo del tiempo. Mas, ese esfuerzo se entiende justificado sólo en un trabajo de historiografía a contramano, que nos lleve a una auto-reflexión constante para invertir el orden anacrónico del conocimiento que va de lo general a lo particular o al revés, apuntando la mirada hacia la singular composición de nuevas concepciones sobre la realidad como fenómeno, ese espacio de lo social que nunca está cumplido, pues es contenedor de vestigios, catástrofes e irregularidades que nos instan a recordar que el Trabajo Social es un proyecto entregado al mundo y, por tanto, destinado a trascender lo pre-determinado.

**El espacio epistemológico en el discurso disciplinar del Trabajo Social: una apuesta por la generación de observaciones de segunda generación”.**

Revelar la majestuosa cualidad de ser distintos, de distinguirnos a través del reinventado ensamblaje de nuestros discursos y acciones, recae en la expresión de complejidad que comportan nuestros procesos de investigación/intervención, en tanto adeudo de asumir el compromiso de *pensar el hacer*, dejando de sacralizar la repetitiva laboriosidad acéfala. Ello posibilita revalorizar las condiciones de la acción que encuentran su destinación en el sentido mentado sobre el contemporáneo estadio de modernidad en que nos situamos, sus demandas, impactos y perturbaciones, tras el reencuentro de nuestro *telos* en lo social que nos orienta a buscar el cambio y la transformación, pero, no como restitución del orden sino como emergencia de lo nuevo.

Esa es la promesa de nuestro pensamiento y acción para con aquellos acontecimientos que nos llaman a reflexionar, conciliando los discursos sustantivos, mediante los cuales el Trabajo Social interpela a la realidad, con los discursos tangibles, a través de los que la disciplina impacta y se deja impactar fácticamente por esta última. Tengamos presente que en nuestro discurso es donde se evidencia el poder del lenguaje de los y las Trabajadores y Trabajadoras Sociales, en tanto hablantes y oyentes sobre los contextos en que se produce la discontinuidad de sus coloquios, el recorrido de sus textos, la narrativa de sus relatos y el ritmo de sus pensamientos en marcha, en cuanto fuerzas devenidas como “*algo [que] aparece puesto en medio, y [donde] los interlocutores participan de ello y se participan entre sí sobre ello*” (Gadamer H.G., 2004: 13).

Debemos lograr distinguir que, a diferencia de lo real, la realidad es siempre aquello *que parece-ser*, y que nace en la experiencia de los sentidos sobre lo exterior que adhiero a mí, incorporándolo intelectualmente, como abstracciones conceptivas para nuestro universo lingüístico y simbólico, pues consideramos que “*es en el lenguaje donde el cosmos, el deseo y el imaginario acceden a la expresión; [...]*” (Ricoeur P., 2008a: 18). La realidad queda atrapada en posibles experiencias puntualizadas como imágenes, que la persona del Trabajador o Trabajadora Social transfiere a las cosas, convirtiéndolas en objetos de investigación/intervención, en tanto construcciones derivadas del uso praxiológico de la razón, sobre la complejidad del *logos* de la acción, poniendo en relación al episteme, la axiología y la ontología, para erigir un discurso teórico derivado de su práctica que, a su vez, es creada por y creadora de un discurso tangible y aplicado.

En consecuencia, por vía de los discursos disciplinarios modelamos el pensamiento y su encarnación en realidades concretas, como a su vez nos dejamos impregnar por propuestas y aseveraciones, formando representaciones cognitivas y, además, expresivas, que nos posibilitan calar tanto en los lugares de la conciencia como en la estructura socio-política a la que pertenecemos en cuanto agentes de habla (verbal o escrita), garantes de lazos de identidad entre enunciaciones y materialidades. No olvidemos que sin independencia reflexiva y expresiva los discursos del Trabajo Social padecerían de una ineludible banalidad, de una presunta expiración, en el entendido que “[...] *una vida sin pensamiento no tiene sentido, aunque el pensamiento no haga a los hombres sabios ni les dé respuestas para las preguntas que el propio pensamiento les suscita [sobre la praxis]*” (Arendt H., 1984: 201).

Claro está que ello no se logra con una simple readecuación de principios o directrices lógicas y enciclopédicas, sino que exige un rearme cognitivo que nazca como producto de una meta-configuración epistémica, apta para poner en continua examinación y prueba nuestras más elementales experiencias, sus singularidades y su contemporaneidad, ya que el pensar supone un volver a pensar las cosas y cuestiones del mundo social, incluso a nosotros mismos imbricados en él. Ello es así, ya que la búsqueda de la verdad, más allá del concepto benéfico de verosimilitud o concordancia, va unida a la posibilidad de la verdad, es decir, a la capacidad para interrogar la naturaleza de nuestro conocimiento y para revisar su validez práctica, a través de la pregunta hermenéutico-crítica, mediante la cual hemos de enfrentar la paradoja de descubrir aquello que aún permanece en el lado de lo desconocido, rompiendo así con la simplificadora reproducción del saber y del hacer.

Atendemos a un contenido de verdad que está allí presente en el interior, apostado en la hondura de una categoría de realidad más elevada y abstracta que el hecho concreto cosificado, pues se revela en nuestra significativa aprehensión intelectual, que es el desafío de una auto-fundamentación gestada en los procesos de investigación/intervención, desde donde problematizamos la realidad y procuramos reformular crítica y deliberativamente el

aprendizaje recorrido, o sea, dónde el sentido y la entelequia disciplinar se hacen presentes como espíritu creador (Heidegger M., 1994: 35 -36). Se trata de una reflexión a través de la cual los y las Trabajadores y Trabajadoras Sociales des-construimos imbricándonos, junto a otros agentes, en las realidades del mundo de la vida y las contradicciones y concurrencias contenidas en el seno de las relaciones sociales, en tanto objeto universal que va guiando la formulación de nuestras propuestas de transformación y cambio ante diversas situaciones, escenarios y contextos sociales.

Ahora bien, es la redención renovadora de nuestras observaciones sobre la realidad cotidiana y lo real de las cosas del mundo social, aquello que nos conduce fuera del nihilismo negativo del pensamiento, haciéndonos transitar desde la zona basal hacia la segunda generación, incluyendo y sobrepasando los umbrales de las miradas inmediatas, propias de la actitud natural, en tanto observación de observaciones. Mas, ello exige una plena superación de la apariencia de los hechos, datos e información, un rebasamiento de los nichos de conocimiento acopiados, que se traducen en “[...] *objeto de creación por parte del querer*” (Vattimo, G., 2002.53), pues dejamos de habituarnos, de seguir realizando lo acostumbrado, inspirando nuestras decisiones al vivificar y retraducir los conceptos que ya acuñamos, las palabras con las que designamos cosas, los nombres mediante los cuales visibilizamos la realidad.

Ello requiere emprender un proceso consciente que permite al Trabajador y la Trabajadora Social, a lo largo de su inserción en la realidad, desarrollar una permanente indagación crítica y reflexiva sobre los fenómenos, sucesos y/o hechos que la constituyen, entrando en una relación intelectual y experiencial con las situaciones sociales, desde donde se construyen los objetos de investigación/ intervención en contexto. Así, pues, con base en la adaptación de criterios analíticos de entendimiento, respecto del *corpus* de conocimiento teórico disponible, él y la profesional van distinguiendo, seleccionando y aplicando, en términos referenciales, un conjunto de categorías de comprensión que guían su observación y los propósitos de la misma.

Dichas categorías o signos del pensamiento deben ser constantemente, sometidos a contraste con la propiedad empírica de la realidad, de manera tal que el Trabajador y la Trabajadora Social vayan estableciendo fundamentos generales para demarcar el campo de observación, definir y escoger en él las áreas de competencia disciplinaria, focalizar la matriz de convergencia de las mismas, para desde allí objetualizar la realidad de investigación/intervención. Lo que se propone es lograr restituir el vínculo entre experiencia y pensamiento, volver a descubrir el discurso no sobre cómo pensar en Trabajo Social, sino sobre qué pensar, esto es, sobre lo que acontece, debido a que la inserción del profesional en lo social no es una cuestión corpórea, de forma o cósmica, sino una colisión de su conciencia con lo que está fuera de ella misma.

El proceso de construir observaciones de segunda generación, como medio a través del cual circula la complejidad de una racionalidad hermenéutico-crítica, nos inspira a hurgar,

descubrir y declarar un conocimiento más globalizante e integrador, que se confronte con la experiencia ingenua derivada de la acción espontánea. Tengamos en consideración que, para el caso del Trabajo Social, cada reflexión que realicemos pierde relevancia si ella misma no tributa a nuestro conocimiento para la acción, lo que nos reclama metamorfosar el modo en que concebimos la relación teoría y práctica, pues la primera afectará el sentido, siempre y cuando el pensamiento remueva nuestras experiencias, revelando diferencias entre imágenes mentales anteriores y nuevos conceptos.

Los procesos de investigación/intervención tienen que surgir con la formulación de preguntas de entrada, cuyas respuestas no deben aceptar meros a *prioris*, pues tendrán que ser la resultante del espíritu reflexivo, contenido en esas observaciones que, paulatina y contextualmente, nos acercan a la verdad de lo real, como una realidad que construimos lingüísticamente y en la cual nos insertamos por vía de la comprensión y la criticidad. Es una oportunidad para arremeter contra las rutinarias bipolaridades que ponen al Trabajo Social entre la burocracia y el quehacer profesional, el activismo y la intervención, la politización y la actuación ético-política, la domesticación del saber y la indagación reflexiva, dando cabida a una praxiología apta para enfrentar rupturas y continuidades, generadas por la misma organización que comporta, descubriendo la novedad en la propia diferencia, así como integrando lo no indagado a lo que ya hemos aprendido.

Por consiguiente, en el camino de ir configurando observaciones de segunda generación en, por y para el Trabajo Social, ofrecemos algunas pistas, tal vez sencillas insinuaciones, para relevar el lenguaje crítico contenido y expuesto en la complejidad de una racionalidad capaz de adherir investigación e intervención, a saber:

***El cambio de lógica en la racionalidad de los y las Trabajadoras Sociales***, trascendiendo el fundamento empirista-pragmático, tendiente a producir y validar normas, reglas y procedimientos generales que sujetan y gobiernan el entendimiento sobre condiciones de validez propias del pensamiento unificado, el realismo directo y la acción prescriptiva, vistas como verdades con justificación apriorística, funcional y de tipo puramente factual, respecto de saberes procedimentales que persiguen efectos y consecuencias prácticas utilitarias, para dar respuesta a la insatisfacción de necesidades básicas - fundamentales, o bien, asumir fórmulas destinadas a resolver problemas que se presumen manifiestos en las personas, por la tensión existente entre los recursos y los contextos. Eso nos ha llevado a ver a los agentes sociales como “afectados”, estableciendo sobre ellos nominaciones o marcas semánticas, indiscriminadas, que les etiquetan como clientes, usuarios, beneficiarios, sujetos de atención, etc., pues en ellos personalizamos la situación social, en vez de construir desde allí el objeto que aliente el proceso de cambio o transformación. Ahora bien, contravenir tal modelo de pensamiento exige de los y las profesionales hacernos responsables de ampliar una dialogante contraposición socio – política, que oficie como referente de reflexión y juego de



relaciones, en torno a la exigibilidad, preservación y garantía de los derechos propios de la condición humana, instituyendo una socio – praxis emancipadora, respecto de todo cuanto hay de instituido y de institucional en cualquier contexto, escenario o situación, forjadas en la trama de extensos conjuntos de acción, donde una multiplicidad de agentes - dotados de sentido de realidad y de poder de cambio o transformación- contribuyen a concretar, en el mundo de la vida, los condicionantes materiales, políticos, simbólicos e ideológicos desde los cuales se ejercen dichos juegos. Mas, ello es posible sólo si en Trabajo Social cimentamos los fundamentos de una racionalidad hermenéutico – crítica, complejizando nuestras lógicas a través del discernimiento, distinción, selección y reorganización intelectual, que nos guíe hacia la connotación de una sentencia abstracta sobre un objeto concreto desde el cual, a su vez, se enjuicie el entendimiento basado en criterios de entendimiento y categorías de interpretación y re-significación contra la falacia y el error, producido por el impacto derivado de nuestro empírico encuentro con el mundo social.

*El establecimiento de densos puentes de comprensión social*, que contribuyan a interpretar explicando y viceversa, o sea, que nos ayuden a desplegar argumentaciones que logren develar eso que está oculto en lo meramente aparente, en la primera impresión, fundamentando cognitivamente su contenido de verdad, al conjugar los objetos de indagación/acción con criterios y matrices categoriales, que nos posibiliten construir nuestras observaciones y discursos, así como sus referentes, en torno a los atributos que capturamos sobre tales objetos. Esto da debida cuenta de nuestra disposición a traducir un sistema de expresión externo, un especie de imagen formal, con la cual nos comprometemos simbólicamente, intentando revelar su fundamento por vía del sentido y aprehender conceptualmente su originalidad por medio del lenguaje, significándole al interior de una compleja variabilidad de finalidades, condiciones, situaciones, escenarios y contextos constitutivos y constituyentes del mundo de la vida. Dicho mundo representa el cimiente de experiencias y vivencias pre-reflexivas, desde donde la conciencia provee de expectación a todo cuanto los agentes sociales dicen y hacen en el espacio de su cotidianidad, esto es, del entorno inmediato al ejecutar, el cual toma como base de conocimiento previo las evidencias de realidad, asumidas *per se* cómo eje lingüístico que nos permite constituir la comunalidad, según nos lo hizo saber Edmund Husserl (1992).

*La necesidad de establecer mediaciones de sentido entre pensamiento reflexivo, lenguaje crítico y acción creadora*, de modo que se produzca una movilidad disciplinaria que marche entre teoría y praxis, como saber y hacer praxiológico. Así, los y las Trabajadores y Trabajadoras Sociales han de constituirse en *homo agens*, es decir, en portadores de atributos reflexivos, críticos y proposicionales sobre su realidad en la realidad social, articulando corrientes de pensamiento y perspectivas teóricas con razones y aspiraciones prácticas de cambio y transformación. Enfatizamos en el hecho de que el acto teórico presenta la función de dotar de consistencia la formulación de objetos conceptual y empíricamente configurados por los y las profesionales, intentando validarlos en su confrontación con la realidad de una determinada situación social,

esto es, enriquecer la praxis, vista en el verbo de Antonio Gramsci (1951), como una acción mentada y sensible. Lo anterior, nos encamina hacia una mudanza en nuestra mirada sobre la teoría, toda vez que contribuye a mutar su estética, pues conquistamos su utilidad al momento que excita la actitud consciente del y la Trabajador y Trabajadora Social, no sólo para iluminar sus cuestionamientos, sino, además, para poner en conflicto sus ideas con la intuición y a esta última con lo azaroso de la experiencia. Por lo mismo, atendemos a un saber y un hacer que se construye desde el terreno de nuestra investigación/ intervención en lo tupido del mundo de la vida, formando un ascendente espiral entre reflexión y acción, como a su vez entre acción y reflexión, que va re-localizando el conocimiento, al traspasar lo meramente descriptivo, por la organización conceptual y la teorización sobre la pluralidad y diversidad de lo social, visto como lo otro problemático que nos perturba e interpela, en la medida que la praxis funda, enriquece y moviliza la teoría, integrándola en ella misma como lenguaje crítico, conciencia y propuesta de realización fáctica, instaurando un lazo de comprensión entre lo cercano y lo lejano, con la subyacente complejidad, ambivalencia y contradicción de la realidad de lo social, que es aquello que en definitiva nos lleva hacia lo común compartido.

*Los aportes que ofrece la investigación social en el desarrollo de nuevos conocimientos*, tanto sobre las prácticas de los y las Trabajadores y Trabajadoras Sociales, como respecto de la pertinencia de sus propuestas de intervención y su coherente relación con los diversos contextos, escenarios y situaciones en los cuales se desenvuelve, trasladando nuestros debates y discusiones disciplinarias desde la opinión sensualista y casuística, hacia argumentaciones derivadas de la reflexión epistemológica, crítica y deliberativa. Una posibilidad como ésa, no la única, la podemos encontrar en nuestras sistemáticas aproximaciones a un orden meta-cognitivo de observación, dirigido a distinguir entre las significatividades tanto de nuestra investigación objeto como de una meta – investigación. La primera, referida a una multiplicidad de temas o problemas específicos dentro de las áreas de actuación y campos de intervención del Trabajo Social, y, la segunda, sobre las propias investigaciones realizadas en la disciplina, abordando su revisión desde la filosofía de la ciencia, la teoría del conocimiento y las perspectivas metódicas de la investigación, pudiendo colegir las cosmovisiones subyacentes a ellas<sup>□</sup>. Por consiguiente, mientras la investigación objeto responde al horizonte de preocupaciones que presenta el Trabajo Social respecto de las inquietantes discontinuidades y avatares del mundo social fenoménico, la meta-investigación reflejará un discurso sobre la investigación de nuestra investigación disciplinar, que debe dar cuenta de sus conjunciones gnoseológicas, sus miradas en torno a la ciencia, la configuración de sus métodos y la utilización de sus metodologías de aproximación a la realidad.

*El importante paso de la oralidad a la textualidad*, que nos reclama reconocernos como agentes de lenguaje, desde donde forjamos un juego de relación entre dilemas epistémicos y debates teóricos sobre la realidad de lo social, así como del Trabajo Social visto en ella a través de un *corpus* de imágenes dialécticas, que ponen en diálogo la identidad, la historia

y la memoria concebidas como categorías radicales, es decir, como aquello que emana en la raíz del ser disciplinar. Entonces, no podemos pensar que este proceso comporta una mera retórica, en cuanto sistema de reglas y recursos discursivos puestos al servicio de un propósito de comunicación persuasiva y/o estética. Es más bien ir hacia los actos de habla tanto orales como escritos, que nos permiten no solamente narrar el discurrir de acontecimientos, sino que ante todo la puesta en escena pública de la conciencia imaginante; es decir, de nuestras problematizaciones, preguntas y cuestionamientos, calando las imágenes del presente por medio de una controversia, una interpelación que deje en ellas las huellas del *novum*, como fuente de reinención. La oralidad implica una expresividad del mundo *eidético*, a través de enunciados ejecutivos o realizativos (Austin, J., 1982: 79), es decir, de un encadenamiento de palabras que perturban el estado de realidad, haciéndonos aparecer en ella. Mientras que la textualidad no puede restringirse a la escritura, que se manifiesta como oposición a lo oral, pues el texto es el contenido discursivo, aquello que forma un distanciamiento en la acción comunicativa, asimilada como obra objetivada desde un referente. De ahí que ir de lo oral a lo textual se reconozca como entrar en un lenguaje de segunda naturaleza, que nos inspira a reaprender a nombrar, no sólo para nominar sino, principalmente, para crear realidad desde las gramaticalidades y semánticas de nuestros procesos de investigación/intervención, al momento que somos observadores incluidos en el espacio de nuestra observación, donde como agentes construimos al objeto que, al mismo tiempo, nos construye. En definitiva, ello nos hace ver en la observación de segunda generación una suerte de acción tanto corporativizada como enactiva, tras la reinención hermenéutico-crítica del idealismo y el realismo, vistos en un sistema de representación que nace por la mediación de estructuras objetivas y la intelección de historias vividas, llevándonos a hacer emerger el mundo social significándolo, así como generando y consumiendo sentido desde y hacia él.

En definitiva, las observaciones de segunda generación ilustran procesos de investigación/intervención, capaces de construir sistemas de pensamiento, mediados por diversos criterios de verdad que iluminan la racionalidad hermenéutico-crítica, encaminando la complejización de reglas y principios que emplazan y estimulan el conocimiento, tanto para dudar y creer en la evidencia, como para revisar y recrear las concepciones, los conceptos, las ideas y las nociones que poseemos sobre los temas disciplinarios, los asuntos humanos y las cuestiones sociales con las cuales empíricamente nos enredamos. Sólo así contaremos con un profundo sentido y contenido de realidad en nuestros enunciados y proposiciones, que supere la tradición y la autoridad, para asimilar la debida consistencia entre pensamiento reflexivo, lenguaje crítico y acción creadora en el mundo de la vida, brindando una contundente significatividad a nuestras lógicas y una pertinente utilidad a la materialidad del conocimiento situado en el espacio de la intersubjetividad, donde el diálogo envuelve a las reflexiones dialécticas y a las estructuras de saber integrado, desde las cuales se comprende, se comunica, se consensua y se formula el espacio compartido de lo público, como espacio plural de diferencias.

## BIBLIOGRAFÍA.

- Adorno, Theodor W. (2009). *Crítica de la Cultura y Sociedad*. Madrid: Ediciones Akal.
- \_\_\_\_\_. (2005). *Dialéctica negativa. La jerga de la autenticidad*. Madrid: Ediciones Akal.
- Arendt, Hannah. (2001) *Hombres en tiempos de oscuridad*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- \_\_\_\_\_. (1995) *De la historia a la acción*. Barcelona: Paidós.
- \_\_\_\_\_. (1993) *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- Arendt, Hannah. (1984) *La vida del espíritu: el pensar, la voluntad y el juicio en la filosofía y en la política*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- Austin, John L. (1982). *Como hacer cosas con palabras*. Barcelona: Paidós.
- Barcena, Fernando. (2006) *Hannah Arendt: una filosofía de la natalidad*. Barcelona: Editorial Herder.
- Benjamín, Walter (2008). *Tesis sobre la historia y Otros fragmentos*. Buenos Aires: Ediciones Plaza.
- \_\_\_\_\_. (2002). *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*. Buenos Aires: Ediciones Plaza.
- Foucault, Michel. (1995). *Las palabras y las cosas*. México D.F: Editores Siglo XXI.
- \_\_\_\_\_. (1992). *Microfísica del poder*. Madrid: Ediciones de la Piqueta.
- Gadamer, Hans-Georg. (2004) *Hermenéutica de la modernidad. Conversaciones con Silvio Vietta*. Madrid: Editorial Trotta S.A.
- \_\_\_\_\_. (2002) *Verdad y método*. Salamanca: Editorial Sígueme.
- Galende, Federico. (2009) *Cultura Experiencia y Acontecimiento*. Santiago de Chile, Ediciones Metales Pesados.
- Hegel, George W. (2004) *Introducción a la historia de La filosofía*. Buenos Aires: Ediciones Libertador.
- Heidegger, Martín. (2005) *¿Qué significa pensar?*. Buenos Aires: Ediciones Terramar.
- \_\_\_\_\_. (2003) *Introducción a la metafísica*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- \_\_\_\_\_. (1998) *Ser y tiempo*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- \_\_\_\_\_. (1994) *Conferencias y artículos*. Madrid: Editorial del Serbal.
- Heller, Agnes. (1998) *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Ediciones Península.

- Horkeimer, Max (2002). *Crítica de la razón instrumental*. Madrid: Editorial Trotta.
- Husserl, Edmund. (1992). *Ideas relativas a una fenomenología pura y a una filosofía fenomenológica*. México, D.F: Fondo de cultura económica.
- Larraín, Jorge. (2007). *El concepto de ideología: el marxismo posterior a Marx: Gramsci y Althusser*. Santiago de Chile: Ediciones LOM.
- Marcuse, Herbert (1993). *El hombre unidimensional: ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Buenos Aires: Editorial Planeta, S. A.
- Marx, Karl & Engels, Friedrich. (2005). *El manifiesto comunista*. Madrid: Editorial Turner.
- Ricoeur, Paul. (2009). *Sobre la traducción*. Buenos Aires: Paidós.
- \_\_\_\_\_. (2008a) *El Conflicto de las Interpretaciones. Ensayos de hermenéutica*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- \_\_\_\_\_. (2008b) *La memoria, la historia y el olvido*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Sarlo, Beatriz. (2007) *Siete ensayos sobre Walter Benjamin*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Vattimo, Gianni. (2002) *Diálogo con Nietzsche: ensayos 1961 – 2000*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Vial Larraín, Juan. (2006) *La Vía de la verdad: el discurso de la metafísica*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Yáñez Pereira, Víctor R. (2009). *Ensayos en torno al Trabajo Social*. Buenos Aires: Editorial Espacio.
- \_\_\_\_\_. (2007). *Visibilidad/invisibilidad del Trabajo Social: los fundamentos de una cosmología disciplinaria*. Buenos Aires: Editorial Espacio.